

Pontificados comparados

HISTORIA Y RELIGIÓN

Los Papas, una historia

John Julius Norwich.
Traducción de Christian Mar-
ti-Menzel. Reino de Redonda,
Madrid, 2017. 626 páginas.

Pontífice fue en la Roma antigua el conservador del puente sobre el Tiber y luego derivó hacia un uso metafórico, puente espiritual entre Dios y el hombre. El libro 'Los Papas' de John Julius Norwich es una pasmosa enciclopedia de los Papas, su bimilenaria cronología desde Pedro hasta Ratzinger.

Sin duda, el tirón argumental gira en torno a los pontífices libertinos, epicúreos delfines de los emperadores paganos. Resulta curioso que no haya ningún papa con la talla literaria o filosófica de Tomás de Aquino o Agustín de Hipona. No hay un Erasmo con mitra. El único cardenal con ínfulas filosóficas fue el Cardenal Cusano, autor de la 'Docta Ignorancia', coetáneo de los cardenales humanistas Besarion o el Platina, primer director de la Biblioteca Vaticana. Como si el Espíritu Santo resultase a la postre un Espíritu Pedestre, más atento a

los placeres terrenales que a los celestiales, harto dudosos.

Los episodios de la Corte pontificia de Aviñón y de Julio II, centauro del Vaticano, sintetizan lo mejor y peor, la grandeza y miseria del pontificado. Norwich recurre a Petrarca como cronista de Aviñón, pero no encuentra un testigo similar para la Roma de Bramante, Miguel Ángel y Rafael.

Maquiavelo se pasa de cinicón y Guicciardini no llega a Erasmo del Trastevere. Ambos fascinados por el rudo y sagaz monarca Fernando el Católico. Maquiavelo no acaba de encajar el lado «extraordinariamente maligno de la Fortuna», que recuerda el postulado de Nietzsche «los españoles quisieron ser demasados». El descubrimiento de América licuó los mejores cerebros de la época. No sabían cómo encajar ese repentino crecimiento del mundo conocido. Chastel nos contó 'El Saco de Roma', Dandlet 'The Spanish Rome', la Roma española. Haskell no tiene parangón como cronista de la Roma Barroca. Zerri incluso postulaba un primer Renacimiento gótico con Dante y Giotto. Norwich los ignora y eso quizá menoscaba su, pese a ello, admirable libro.

Los cónclaves papales son un cúmulo de despropósitos. Entre



Francis Bacon rinde homenaje al 'Inocencio X' de Velázquez. F. BACON

Besarión y Borja, el Espíritu op-
ta por el siniestro papa valencia-
no. Siglo tras siglo, con desparpa-
jo y contumacia, Roma es la Me-
ca pertinaz de la opulencia y la
arrogancia de la oligarquía italo-
vaticana. Norwich, un Argos del
Vaticano, tiene un olfato especial

para la digresión jovial, porejem-
plo, la historia de Cem, un prín-
cipe turco en la Roma renacen-
tista, un episodio digno de 'Las
mil y una noches'. En ese senti-
do, el libro es un híbrido de his-
toria y don fabulatorio. Citaré
otro episodio curioso, las andan-

zas mercenarias del cardenal Al-
bornoz de Luna, fundador del
Colegio Español de Bolonia. Lu-
na fue tío del famoso Papa Luna,
y en su tiempo una especie de
Gran Capitán o de virrey papal en
Italia, cuando Roma, en el exilio
en Aviñón, quedó convertida en
un miserable campo de ruinas,
con los templos convertidos en
guarida de lobos. También vemos
al conde de Montemar, mariscal
de Carlos III, con panteón en el
Pilar, que Croce se saltó a la tore-
ra durante su visita zaragozana.

Quizá el edificio más enigmá-
tico de Roma resulte ser la Capi-
lla Sixtina. No sabe uno a qué car-
ta quedarse, si viene a ser el espe-
jo audaz de la grandeza papal o
de sus lacras y miserias de sáti-
ros mojigatos. Seguramente am-
bas cosas. El enigma de tan sober-
bia fábrica reside en albergar si-
multáneamente los cónclaves y
una suerte de burdel a lo divino.

En suma, un libro realmente
singular, de los que obligan a re-
pensar la sinuosa y fascinante
historia de Europa, sus constan-
tes altibajos, sus delirios y su
inexplicable pasión por la belle-
za, por la razón ilustrada y por la
libertad, tantas veces sometidas
por la arbitrariedad de los suce-
sivos pontificados. Por un papa
lúcido y piadoso, hay cien que, si
lo hubiera, arden en el infierno de
la arbitrariedad. El adagio clási-
co, «Roma veduta, fede perduta»,
nunca fue más atinado tras la lec-
tura de este extenso e intenso,
brillante libro de Norwich.

CÉSAR PÉREZ GRACIA